DEL MONTE Y LOS CAMINOS

Cuando descanso los ojos
y voy flotando en el sueño,
lo que escucho todavía
es el sonido del hierro.

Este es uno de los poemas de "Del monte y los caminos", donde Antonio Pereira, poeta leonés, parece dudar entre una irrealidad íntima y un enfrentamiento de poder a poder con la vida cotidiana, con el problema del hombre. Un vivir hacia adentro frenado por una necesidad elemental de no estar solo en el mundo, de buscar en los demás comprensión y apoyo. Uno piensa en el machadiano "don preclaro de evocar los sueños" y también en el machadiano "¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!". El poeta se debate entre ambas tendencias - la intimista-lírica y la comunicativa-social - y se para en un punto equidistante de ambas donde el poema fluye por sí mismo, ajeno a arrequives retóricos. El verso se hace seco, tenso, duro y vibrante como hierro machacado; sus destellos son chispas; sus trepidaciones tienen un eco familiar. El poeta revierte a la memoria, y el padre justifica un mundo, hoy cambiado pero también intransferible:

Aquí el padre mostraba con su mano
el derecho camino de los ojos
hasta encontrar con gozo las señales
de la Ciudad cerrada de murallas.

Poemas campesinos unas veces y ciudades otras. Pero no

cívicos. Poesía simplemente humana. Y, por humana, fundida con la naturaleza, campesina sin panteismo. El hombre -para el leonés Antonio Pereira- sigue siendo la medida de todas las cosas. Es él quien infunde alma al paisaje, quien lo humaniza:

Los hombres van dejando en los carriles
un reguero de vida que se pierde
como un grano menudo entre las peñas
y ya nunca será trigo ni verde.

Hay en Pereira versos ariscos, híspidos. No por protesta, sino por inhesión a la vida elemental. El hombre, empequeñecido por el paisaje, no admira Telenos nevados; quiere tan sólo sobrevivir, ser él en pugna con la naturaleza que le anonada, que va a imponerle su ley. Dice el poeta:

Todo conviene al sueño: Está la sangre
como una tibia corza aletargada.
Nadie la mueva. Que se tenga el viento
frente al espino de la empalizada.

El hombre no desea someterse. Viril, proclama su soledad, su dolor y también su voluntad de dominio:

¿Quién canta que los pájaros son libres?
¿Qué río inventa su fatal destino?
.....
Pero los hombres libertad clamamos
donde vosotros sois silencio y tropa.

Y así el libro concluye con el triunfo del ser sobre el estar: domesticado el animal, dominado el aire, cultivado el campo. Los caminos dan sentido al monte, lo desbravan y lo acercan. El poeta puede volver al ensueño, a la evocación y halla su chortal, su manantío en la continuidad del hombre, en la potenciación de su yo.

"Del monte y los caminos" es una hermosa prueba de solidaridad sin desarraigo, de poesía encendidamente trabajada pese a su sequedad exterior. Como el hierro: frío ahora pero antes machacado con hierro, contra hierro, al calor de la fragua.